

▣ AVANCE EDITORIAL: «COSAS QUE HE CALLADO»

Amor y revolución en Teherán

Azar Nafisi cuenta la Revolución Islámica de Irán a través de su propia vida en «Cosas que he llamado» (Editorial Duomo)

El Shah abandonó Irán el 16 de enero de 1979. Antes de partir, a fin de aplacar a la oposición, nombró a un aliado liberal nacionalista de Mossadegh, Shahpoor Bakhtiar, como primer ministro. Fue entonces cuando tuve mi primera pelea seria con Bijan, si es que puede llamarse así. Aproximadamente un mes antes habíamos tenido una pelea, cuyo motivo ni siquiera recuerdo. Desde entonces Bijan me había hecho el vacío. Ni discutí ni grité, simplemente se retrajo. Cuando digo que se retrajo, quiero decir no sólo de la pelea sino de todo. Mientras se volvía cada vez más reservado, reduciendo nuestra comunicación a unas pocas palabras necesarias, yo había estado dándole vueltas al asunto. Me despertaba agotada por las mañanas, ya que trasladaba a la noche la pelea que habíamos evitado durante el día. Aquella situación desesperada era una prueba adicional para mí de que los matrimonios no funcionaban. Al menos no para mí. Mejor cortar por lo sano, pensé, mientras puedas.

Aquella noche hicimos el camino en coche a casa de un amigo en silencio. Durante la cena se produjeron las típicas discusiones sobre el Shah y Jomeini. Todos nos reunimos junto al televisor para escuchar el nombramiento de Bakhtiar, el quinto y último primer ministro en menos de dos años. «Creo que si la izquierda y las fuerzas laicas de Irán saben lo que hacen –dijo Bijan suavemente pero con firmeza–, apoyarán a Bakhtiar. Es un verdadero demócrata y un político experimentado. Todos deberíamos apoyarlo».

«Eso es una bobada –respondí–. Bakhtiar es un compromisario». «¿Y en qué ha transigido? –preguntó Bijan–. Está disolviendo la savak, propondrá un Gobierno liberal y

evitará que Jomeini logre un mayor poder». Pero yo, como tantos otros, estaba a favor de una total ruptura con el Shah. Lo único posible era el derrocamiento del régimen [...]

De camino a casa, después de conducir en silencio, espeté: «Quiero el divorcio». Hubo una pausa; Bijan estaba verdaderamente sorprendido. Fuera lo que fuera lo que esperaba, no era aquello. «¿Por qué? –dijo–, ¿por qué demonios piensas eso? Tenemos una relación tan buena». «Prácticamente ni nos hemos hablado –respondí– durante el último mes». Intentó convencerme de que me quería y de que independientemente de lo enojado que hubiera estado –y cuando lo estaba no podía hablar de ello– no había ocurrido nada que le hiciera pensar por un momento que deberíamos divorciarnos. Dijo con cierto desespero: «Hay otras formas de expresarse, ¿sabes?, además de las palabras».

Regreso triunfal

El 1 de febrero de 1979, Jomeini hizo su regreso triunfal a Teherán, donde millones de personas inundaron las calles para darle la bienvenida. Cuando un periodista le preguntó qué sentía después de regresar a casa tras casi 18 años, respondió: «Nada». El Ayatolá Jomeini había sido elevado a la categoría de imam, un título concedido por los chiítas a los sucesores del profeta Mahoma. Decir su nombre en vano o insultarlo conllevaría graves consecuencias. Miles de iraníes, algunos de los cuales yo sabía que estaban perfectamente cuerdos, incluida mi tía Nafiseh, laica y relativamente culta, vieron su imagen en la Luna. Mi madre me habló de una mujer que lo calumnió y un gato saltó de un cubo de la basura y le mordió en el brazo con tanta fuerza que la mujer falleció».



Azar Nafisi con su marido Bijan

FICHA

- **Título del libro:** «Cosas que he llamado».
- **Autor:** Azar Nafisi.
- **Edita:** Duomo.
- **Publicación:** 8 de febrero.
- **Sinopsis:** En este libro de memorias, Azar Nafisi compone un retrato de una familia excepcional y, a la vez, universal. Empezando por su difícil infancia, el fracaso de su primer matrimonio, sus encontronazos con la injusticia y el despertar de su militan-

cia política en la República Islámica de Irán, la escritora analiza los acontecimientos y las personalidades que la llevaron a ser una mujer comprometida. Desde su domicilio estadounidense, donde reside actualmente, la autora de «Leer "Lolita" en Teherán» reflexiona sobre el poder de los silencios y chantajes sobre los que se sustentan todas las dictaduras y algunas familias, como el más perfecto de los sistemas totalitarios.



«CUANDO UN periodista preguntó a Jomeini qué sentía después de regresar a casa tras casi 18 años, respondió: "Nada"»

Si mi tía veía a Jomeini en la Luna, había otros miembros de la familia que veían las posibilidades que sólo un año antes podrían haber parecido igualmente ilusorias. Mi primo Hamid, el hijo menos político del tío Abu Torab, que después de obtener un máster en cine y medios de comunicación por UCLA había regresado a casa para ayudar a crear el departamento de Cine y Medios de Comunicación de la Universidad Abierta, ahora encontraba poco sitio para él y para su esposa estadounidense, Kelly, en Irán. Partie-

ron hacia EE UU, mientras sus hermanos pequeños Majid y Mehdi, que habían estado asociados con un grupo marxista radical, regresaron a casa desde EE UU. Para la generación de los jóvenes, la mía, que había tenido tantos deseos románticos de revoluciones y levantamientos, la imagen que veíamos en la Luna era la de un futuro en el que, al unísono con el proletariado, liberaríamos al país y viviríamos felices. Pero parecía que algo iba mal con la forma en que el sueño iba tomando forma.

Majid, que había sorprendido a todos con su precoz poesía, se había convertido en la joven esperanza de un grupo de intelectuales influyentes de Isfahán. Era un perpetuo rebelde, que repudiaba la fe y la forma de vida de sus padres. Majid nunca hacía nada a medias. Con veintitantos años dejó la poesía y se dedicó a la po-

lítica, y eligió seguir la forma de marxismo más radical. Juró que no volvería a escribir otro poema hasta después de la revolución de los trabajadores. «¿Qué has hecho por la revolución?», me preguntaba en serio, incluso antes de que tuviéramos idea de lo que podría acabar ocurriendo. Estudiar, leer literatura, todo aquello era burgués y antirrevolucionario. En una ocasión tuvimos una fuerte discusión porque afirmó que planchar era una actividad burguesa. Me sacaba de quicio, pero admiraba su tenacidad y firmeza, ya que pensaba que a mí me convendría tener más de ambas. Se dedicó a la poesía, y más adelante a la política, en cuerpo y alma. Ahora me gustaría haberle preguntado entonces: «¿Por qué abandonaste la poesía? ¿Cómo pudiste olvidar que los mayores cambios de este país se iniciaron tanto por sus poetas como por sus políticos?».